

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

bición ventá coronada por el resultado de uno de los textos más hermosos, profundos e incisivos que, dentro de nuestras limitadas posibilidades de expresión actuales, puede concebirse. No es este el caso, sin embargo, de «Anillos para una dama».

Recientemente se ha hablado de la prohibición de su último trabajo, «¡Suerte, campeón!». Y este dato puede utilizarse para imaginar que el esfuerzo de un autor de teatro en España supone todos los condicionamientos imaginables. Condicionamientos que, es de presumir, en el caso de Gala deben agudizarse, por cuanto la riqueza de su lenguaje puede convertirse en mortífera revelación de nuestras circunstancias, y ello, a ojos de nuestros celadores habituales, no es permisible.

Quiero imaginar que estas circunstancias han pasado en la creación de «Anillos para una dama». La desmitificación que Antonio Gala propone de nuestra Historia, sorprendente en un país que cuida su pasado como reliquia imperecedera, y el uso que de esa desmitificación hace el autor para situarnos ante un espejo de los condicionantes sociales del presente, ha tenido seguramente que reprimirle. Más aún cuando, como se sabe, la obra tuvo dificultades antes de su estreno, y quizá no nos llega en su integridad absoluta. Queriendo, probablemente, hacer más viable su exposición —en una consideración mínimamente realista de nuestras posibilidades—, Antonio Gala se ha dejado llevar en esta obra por lo que al principio de esta crónica nos planteábamos como su mayor peligro.

Pero sería injusto no señalar el asombro que, desde cualquier ángulo, produce ese intento de desmitificación. Un aire fresco, antidogmático, que nos replantee sin mitos ni tópicos la auténtica realidad de nuestro pasado y nuestro



Antonio Gala.

presente, debe conducir al espectador a una comprensión más humana y comprometida de su responsabilidad social. El arropamiento de los conceptos hechos obliga a la pasividad. La revisión crítica, a la acción. Los planteamientos de «Anillos para una dama» son, pues, no sólo insólitos, sino defendibles. No hay duda de que este camino —caso de poder continuar en él— llevaría al teatro español por posibilidades mucho más importantes que los de su obligada congelación actual. No parece, sin embargo, que en el caso de esta obra de Gala pueda hablarse honestamente de crítica histórica; en este sentido cabría hablar más quizá de humorada caricaturesca, que al partir de unos personajes guiñolescos (que aunque tratan de romper esta situación son demasiado sostenidos en ella, fundamentalmente en el segundo acto), pueden autorizar la reconversión de la desmitificación; es decir, que el personaje desmitificado aparezca con mayor fuerza que los elementos encargados de su revisión. No obstante, en «Anillos para una dama» sería más lícito hablar de la consideración de una época y de unos engranajes aún permanentes que de una desmitificación concreta. «Anillos para una da-

ma» se diluye en aciertos de ingenio y ternura para perder no su rigor histórico (ya que la obra, en lo que respecta a «datos» ambientales, resulta intachable), sino, lo que es más grave, profundidad y ritmo. Resulta entonces que su planteamiento de una Jimena dominada por la «razón de Estado», que la impide realizarse como ser humano, queda desdibujada tras el gracejo —en ocasiones, sorprendentemente frívolo— que, creo, Gala debió controlar.

Por otra parte, ante la versión que nos ha dado a conocer José Luis Alonso, interpretada por Maruja Asquerino, José Bódalo, Carlos Ballesteros, Margarita García Ortega y Pilar Velázquez, uno se atreve a pensar que es probable que las deficiencias del texto original de Gala hayan sido aumentadas. Ya en ocasiones anteriores nos ha parecido que José Luis Alonso no acababa de entender las intenciones más hondas del autor, limitándose a la negra apariencia. En «Los buenos días perdidos» se hace hincapié en lo que no era sino factura externa, impidiendo en parte el conocimiento pleno del excelente texto. En esta ocasión, ha engañado a José Luis Alonso el tiempo de la farsa de la obra. Es

cierto que la simplicidad de estructura de «Anillos para una dama» (que no ayuda a la complejidad de la situación que se narra) y bastantes expresiones excesivamente «bufas», pueden hacer entenderla en un sentido vodevilésco. Pero temo que los defectos antes señalados hayan sido excesivamente marcados por el director y, por supuesto, por todos los actores. En el espacio escénico sólo son defendibles los espléndidos diseños de Elio Berhanyer y el inutilizado decorado de Vicente Vela. ■ RAMON VALLE.

Usted también podrá disfrutar de ella

Cuando Ana Diosdado estrenó «Olvida los tambores», su primera obra, sorprendió ya que una escritora de veintitantos años conociera tan hábilmente todos los trucos y posibilidades de la llamada «carpintería teatral». Lo que otros autores no habían conseguido más que a través de una larga experiencia, Ana Diosdado lo dominaba desde el principio. De nuevo en «El okapi» volvieron a demostrar estos conocimientos de la autora, y se consolidó así la que sigue siendo su principal virtud. No hay duda de que nos encontramos ante quien, partiendo de una base de gran seguridad, podría alcanzar a lo largo de sus próximos años un teatro de mucha mayor solvencia que el que generalmente se estrena entre nosotros.

Sin embargo, paralelamente a sus primeros estrenos, Ana Diosdado revelaba también la que sería su segunda cualidad más significativa. En la primera obra, un sospechoso reaccionarismo que no podría imaginarse en persona de su edad; en «El okapi», una ambigüedad ideológica que se compensaba con una gran pretensión de alcanzar cimas absolutas. Es de-

cir, la Diosdado, al margen de sus argumentos perfectamente contruidos, no tenía gran cosa que contarnos o, en su lugar, tenía todo, aunque canalizado por ambiciones más literarias que sociales.

«Usted también podrá disfrutar de ella», tercer título que estrena, coincide en estos sentidos con los anteriores. Su «carpintería» llega incluso al virtuosismo (aquí se utilizan «flashbacks», se juega con el tiempo y se circunscribe la acción a un complejo arquitectónico realmente ingenioso), y su «mensaje» (puesto que, en definitiva, de «mensaje», en el sentido peyorativo del término, se trata) cubre zonas tan amplias como las de «la sociedad» o «el mundo». Ana Diosdado lo cuenta «todo», que es una manera, como cualquier otra, de no comprometerse con nada. Para conseguirlo, los personajes que traza, «víctimas de la sociedad de consumo», son pretenciosos, supuestas síntesis del hombre de hoy. Un periodista frustrado y una modelo utilizada para fines no confesables, que deben reflejar, en diálogos llenos de citas literarias, la inmensa deshumanización de un mundo como el nuestro. Ana Diosdado habla en términos tan abstractos que no puede profundizar ni concretar su discurso. Algo así le ocurría en «El okapi», donde «la libertad» era cualquier cosa o lo era también todo. Es esta una abstracción que, en sus manos, en lugar de conducir a una profundización más incisiva, lleva directamente a la ingenuidad.

Calificativo éste que destaca más aún, gracias al sólido (y tradicional) lenguaje teatral que utiliza. No siendo en ningún momento torpe la obra, la fragilidad del discurso se hace más evidente. Ana Diosdado debería tratar de comprometerse con su texto, de ir mucho más lejos, acercándose previamente a la auténtica

realidad. Así quizá lograra contarnos con una actualidad tajante los temas tan amplios que la preocupan. De otra manera, su teatro continuará por el terreno de lo híbrido, que es, por ahora, la única constante en sus obras.

María José Goyanes, Fernando Guillén, Emilio Gutiérrez Caba y Luis Peña son los intérpretes. Todos ellos tienen el tono medio de la obra, aunque, en su trabajo hay algo que, en comparación con otros espectáculos teatrales madrileños, resulta importante de señalar. Los actores de «Usted también podrá disfrutar de ella» creen en la obra, aunque en su han trabajado sus papeles hasta conocerse el texto, no tienen necesidad de introducir «morcillas», ni miran continuamente al espectador para conocer su reacción. Es muy triste tener que señalar todo esto como insólito en los escenarios españoles. Pero si el lector se acerca a algunos teatros comprobará cómo no es tan usual como pudiera parecer en un principio que los actores respeten al texto y al espectador. Los de la obra de Ana Diosdado sí lo hacen, aunque su trabajo no vaya tampoco mucho más allá. ■ RAMON VALLE.

ARTE

Juana Mordó ha querido abrir su galería este año, ofreciéndonos la posibilidad de conocer, y por lo tanto de catalogar entre nosotros, a un pintor con más de cincuenta años de vida en París, español de Montroig, en Tarragona.